

Tagore auscultó la humanidad

Escribe: EDMUNDO PEREZ GARCES, S. I.

Rabindranath Tagore escribió nuestra historia...! La historia de la Humanidad, la historia de una ilusión...! Premio Nobel 1913 (1).

El hombre es un niño grande surcado de ilusiones, de esperanzas. Solo vivimos con plenitud aquellas horas en que se realizan nuestros anhelos. Es la historia de Amal, personaje inexplicablemente atrayente de *El cartero del Rey*; si analizamos su carácter... comprenderemos por qué Tagore auscultó la humanidad.

Amal, es la encarnación universal de la humanidad en su niñez; niñez de la cual todos los hombres somos una pieza; a la que regalamos nuestra sencillez al empezar a vivir, y a la que continuamos entregando el óbolo de nuestros ensueños e ideales a lo largo del camino, con más o menos conciencia.

En *El cartero del Rey*, un ser hondamente humano, Amal, centra su vida en esta única ilusión: ¡recibir una carta del rey! Es el símbolo total del anhelo de felicidad que cauteriza su vida.

Lo importante para nosotros es que la historia de Amal trasciende a nuestra propia existencia por los vasos comunicantes del sentimiento, de la universalidad de ese “niño que —como dice Ortega y Gasset— todos llevamos dentro, querámoslo o no”.

Ansiamos llegar a ser el hombre interior que grita en nosotros mismos. Ese que sueña dormido: que ilusiona, idealiza, medita, y luego, prisionero de los imposibles cotidianos, sangra al contacto con la realidad. ¡Vivimos de querer vivir...! Quizás por desgracia —o para nuestro bien— somos como somos y no como quisiéramos ser. Pero en este “querer ser”, eternamente insatisfecho, germina la fórmula perenne de nuestro progreso sobrehumano.

Por estas y muchas razones, Amal es como nosotros, un carácter definido. Es la personificación de la niñez con todo lo que tiene de más humano y universal. Las notas peculiares de su fisonomía interior reflejan el alma de la humanidad en su infancia y siempre.

Intentemos una aproximación al contenido humano de la obra. A grandes rasgos, es la historia de una ilusión. Amal, obligado a permanecer en su casa, sueña con la hora en que el rey le visite, o al menos le envíe una carta. Desde la ventana de su cuarto, una ventana abierta a multitud de realidades de la vida, filosofa en su ingenuidad genial. Su vida transcurre entre la incompreensión de su padre adoptivo, las visitas del médico, la crueldad del jefe de la aldea y su amor por Sudha, la chiquilla que un día pasó bajo su ventana rumbo a las flores de un jardín cercano.

En su espera anhelante le sorprende el dulce sueño de una muerte infantil: "Duerme, duerme tranquilo, que cuando despiertes, verán tus ojos las flores de Sudha en tus manos, y el rostro del rey en tu rostro. Duerme". (Juan Ramón Jiménez en la *Canción a Amal muerto*).

Ahora sí... recordemos el influjo decisivo que todo niño ejerce siempre a su alrededor. En Madhav, su padre adoptivo, se opera una transformación radical. Antes de la llegada de Amal a su casa era un esclavo de la envidia y la ambición.

Su ambición: ¡el dinero!

Su envidia: ¡los niños de los otros! La felicidad de una entrega, de un contacto con la niñez...

Ambos desórdenes se adhirieron en busca de una compensación humana. El resultado, adoptar a un niño que sublimara la vida, absorbida solo por el trabajo y el dinero:

"...¡tú no sabes —dice Madhav al viejo— lo que me ha costado juntar este dinerillo! Y que el niño de otro se me entrara por las puertas a tirarme lo que yo, con tanto sudor, había ido ahorrando... ¡No podía con eso...! *Pero esa criatura se me ha metido en el corazón de una manera...*" (2). "Sí, antes, el dinero era para mí un vicio. Trabajaba con una avaricia... *Ahora como se que es para este niño*, que quiero tanto, ¡me da una alegría ganarlo...!" (3).

Es el rayo de sol y de luz de luna que transforma la vida de los mortales; ¡es el amor...!

No siempre la vida nos enseña que el amor nos conduce inevitablemente a la muerte... En ocasiones, es precisamente la carencia de amor, la que asesina una vida antes de ver la luz.

Si es verdad que "todo en el amor es terrible", es más cierto aun que, todo en el amor —pero en el amor verdadero— es sublime.

¡Es la grandiosa y escalofriante paradoja de las cosas humanas que hace reír a los payasos con ganas de llorar...!

Cierto día llega a casa de Madhav un médico, tomando rapé. El diagnóstico que le merece Amal da por resultado esta receta: "...que de ninguna manera se le deje salir de casa" (4).

En otras palabras la vida queda sometida a las cadenas. La libertad del chiquillo se amordaza, sin saber por qué. Y el niño... con inmensa docilidad pregunta a su tío Madhav, su padre adoptivo:

—“¿No me dejas salir un poquito del cuarto?”

—“No, rey de mi corazón, no salgas...” (5). La orden del médico era ineludible.

¿Quién de nosotros no soñó alguna vez “correr como una ardilla, volar como una alondra, resbalarse por los cielos como una tenue golondrina canturreando con la voz grata y melodiosa de un jilguero, en una tarde de verano...?”

—“Anda, —tío— ¡un poquito nada más...! Voy con tita a ver moler las lentejas... Mira la ardilla, sentada con su rabo tieso; mira cómo coge con sus manitas las semillas y se las come...; ¿voy de una carrera?”

—“No, vida mía, no...” (6).

—“Bien tío; ...no saldré; pero déjame estar en este cuarto que da al camino...” (7).

La eterna contradicción de la vida; o más bien, la continua realidad de nuestras ilusiones en choque con este padre adoptivo que nos ha acogido, pero que tiene en ocasiones matices de madrastra: ¡la vida!

El hombre, como Amal, aspira a su libertad, a la perfecta posesión de su persona, a una abertura cada vez más consciente hacia la vida. Ignora el cómo, el por qué de cuanto se teje a su alrededor, y se pregunta asombrado. ¡Y no son preguntas cualesquiera...! Tras su aparente sencillez se interrogan los misterios más recónditos:

—“Tío, dí... ¿por qué no quieres que vaya?”

—“Porque el médico dice que no es bueno, hijo”.

—“¿Y cómo lo sabe él, dí...?”

—“¿Qué ocurrencias tienes! ¿Cómo no ha de saberlo, con esos libros tan grandes que lee?”

—“¿Y en los libros lo dice todo?” (8).

¡No! ¡Los libros no lo dicen todo! No siempre sus autores se pusieron en contacto íntimo con la naturaleza, con la vida de los hombres... con el más allá. Pero no hay otro remedio: “¡No se admiten reclamos!”, podría ser el cartel que a cada paso tropezáramos, en esta pugna constante de nuestras aspiraciones y los imposibles, que jalona la ruta de los hombres por la vida.

El carácter de Amal se manifiesta espontáneo, inquieto, suspicaz, ante la vida que dilata de continuo ante sus ojos las incógnitas del espíritu.

—“Quiero ver esa montaña que se divisa desde la ventana... ¡Algunas veces me dan unas ganas de irme volando por encima de ella!”

—“No digas tonterías Amal: ¿Tú crees que no hay más que ir y subirse a la punta de la montaña? ¡Tú estás loco!” (9).

—“Tú crees, tío, ¿que la han hecho para que nadie pueda pasar? Pues a mí me parece que es que como la tierra no puede hablar, levanta

la mano hasta el cielo y nos llama; y los que viven lejos y están sentaditos siempre en su ventana la ven llamar... Pero será que los que son sabios... (10).

En su ignorancia se atreve a insinuar que los sabios son tan soñadores como él. La reprensión de su tío abre sus ojos:

—“Como yo no leo libros... —argüye— no tengo por qué saberlo todo. Pero quisiera saber muchas cosas...”.

Sin embargo, al comprender que los hombres sabios, “que lo saben todo”, “nunca salen de casa...”, su espíritu se rebela:

—“No, tío, no; por lo que más quieras; no, yo no quiero ser sabio; ¡no quiero, no quiero...! ...A mí me gustaría ir a muchos sitios y ver todo lo que hay que ver” (11).

Este grito de protesta se repetirá, encarnando un íntimo anhelo de libertad, de comprensión. Qué diferentes a un sabio, el humilde lechero, el guarda de la esquina, un cartero, la violetera o los pequeños con su vida alegre al aire libre. ¡Incluso el pordiosero, con su miseria al vaivén del sol y la lluvia...!

Por el mundo, pasan los hombres con sus típicos fardos a cuestras: “...llevaba un palo de bambú al hombro, con un lío en la punta, y llevaba un perol en la mano, y tenía puestas unas botas más viejas...” (12).

No siempre la vida sonríe a las ilusiones. Muchos hombres con trazas de mendigo llegan a “ese sitio del arroyo donde está la higuera, se lavan los pies y luego, sacan de su lío un poco de harina, le echan un chorrito de agua y se la comen...”.

Sin embargo, cuántas veces preferiríamos ir así por el mundo, “andando, andando...”, “pasar muchos arroyos metiéndose en el agua... buscar trabajo lejos, muy lejos, más lejos cada vez”, quizá con la única ilusión de hallar algún día una moneda, acaso un amor, aunque “todo el mundo estará dormido, con las puertas cerradas...” (13).

No importa. Se vive de una esperanza, ¡y esto basta a los mortales!

Y pasa el lechero con sus “ricos quesitos”, con el balancín de su ilusión a hombros, chorreando blancura por los caminos de polvo. Su pregón invariable, inconfundible:

—“Quesitos, quesitos, ¡a los ricos quesitos!” (14).

Vendiéndolos de choza en choza, con la inquieta esperanza de cambiar un quesito... por una rútila moneda. A los ojos de Amal, la ansiedad por lo novedoso, por lo desconocido del destino del lechero, brilla con mayor fulgor aun:

—“¿Y me vas a enseñar a pregonar quesitos, a ponerme el balancín en los hombros, y a andar por los caminos, lejos, muy lejos?” (15).

La ilusión infantil transforma la vida ruda del monótono vendedor ambulante de voz cascada:

—“...No sabes tú lo contento que me voy. Ya ves. *Me has enseñado a ser feliz vendiendo quesitos...*” (16).

Es el amor, la dulzura, ¡la inocencia de un niño...! Aquello que de adultos añoramos todos y queremos robar de las sonrisas de los inocentes.

Todos añoramos hacer de lo sencillo, de lo ordinario, de lo trivial, algo grandioso, o al menos... soportable. Y es un niño quien nos enseña a percibir la sencillez de las cosas comunes, a “*hacer sencillamente lo que tenemos que hacer*”.

La sencillez del niño ama todas las cosas. Su cariño infantil se adhiere a la persona del lechero y le comunica sentido a su vida. Quisiera ir con él, pregonando su canción, sin más aliciente que caminar, soñar y vender quesitos... La felicidad no está en el oficio sino en el amor que se ponga al oficio.

Hay palabras mágicas en la vida de todo hombre; en la vida de un niño. Aquellas que encarnan una elevación del alma. Aquellas que se constituyen precisamente en ideal, en una ilusión color rosa. Una de ellas, la palabra *rey*. Al menos lo fue para Amal... ¿Por qué? ¿Porque concretaba una ilusión! ¡Una esperanza!

Al oírla de boca del guarda, Amal siente estremecer su corazón. ¡Si pudiera ver al rey...!

El guarda se lo ha prometido, aunque en tono un tanto irónico que el niño, en su credulidad natural, no percibe; entonces, su ilusión se desborda:

—“¡El rey! Sí, sí, llévame, ¿quieres?”... “Pero el médico no me deja salir... Nunca puedo irme con nadie... Todo el santo día aquí sentado...” (17).

La crudeza de esta realidad se lo impone, hasta que un rayo de esperanza le sugiere una solución: frente a su casa han puesto la Oficina del Correo Real. ¿No sería maravilloso recibir *una carta del rey*? ¡La ilusión renace!

—“...Para qué iba a poner el rey su correo frente a tu ventana, ...sino porque el rey también escribe carticas a los niños chicos” (18).

Las velas de su corazón se ensanchan: el cartero no debe ignorar su nombre. De ninguna manera; es necesario que lo sepa a cualquier precio... Quizá la carta del rey está ya en la Oficina de Correos...

Qué distinta la vida, cuando un bello ideal la ilumina. ¡Cuando se espera —al menos— *una carta del rey*...!

Amal nos manifiesta otro rasgo de su carácter universalmente humano: *el cariño*. Un amor tierno, purísimo, acogido impensadamente, antes de que la realidad misma de la palabra *amor* juegue en su vida el papel paradójico que transforma la existencia de los mortales; brota al contacto de la alegría femenina de una pequeña niña: ¡Sudha! Es otra de aquellas palabras mágicas de que habláramos: personifica al *amor*.

Amal lo intuye:

—“Sudha, ¿coges flores?”...

—“¡Por eso tienes tan alegres los pies y tus brazaletes repican tan contentos cuando vas andando! ¡Quién pudiera salir...! ¡Yo te cogería las flores de las ramas más altas, que ya no se ven...!” (19).

Siente un pequeño desgarrón cuando su amiga le insinúa que no puede estarse con él todo el día...:

—“Si no, me voy a volver —a casa— con el canasto vacío” (20).

Y en medio de la sencillez de su trato, deja escapar una *plegaria* al impulso de su afecto:

—“¿Me vas a traer una flor?” (21).

Su ánimo se serena ante la promesa de Sudha:

—“Sí, ¡volveré!”. Y verás que te traeré una flor...

—“De veras, ¿volverás?”.

—“Sí, ¡de veras! ¡Tú verás cómo me acuerdo!” (22).

Cambiamos de escenario.

Varios personajes nos encajan ahora en ambiente de infantilidad: un racimo de pequeños que dialogan con Amal, prisionero de su ventana. El deseo de jugar le roba el corazón, sus aspiraciones, su entusiasmo:

—“¿Y os pasais jugando todo el día?”.

—“¡Todo el día!” (23).

Le parece increíble. Sus ojos hindúes se estremecen, y sus labios se atreven a proponer:

—“Ya que no puedo jugar con vosotros, ...¿por qué no jugais aquí, en el camino, para que yo os vea?” (24).

La generosidad de su alma rompe las fronteras:

—“Yo os daré mis juguetes” (25). No importa que no juegue, si vosotros disfrutais de ellos:

—“Sí, ya está; ¡tened mis juguetes! Yo no puedo jugar solo y se están empolvando; ¿para qué los quiero? ...Cuando se rompan yo os daré otros...” (26).

Es el alma del niño, generosa, bondadosa por esencia. Limpia, pura, sin manchas, sin repliegues; que se entrega por completo a los demás con alegría, dando siempre lo mejor de sí. Aunque solo sean... ¡juguetes! ¿*Por qué cambian tanto las almas de los niños cuando llegan a adultos?*

Amal presiente la utopía de la *carta del rey*: las acres ocurrencias del médico y del jefe del pueblo abofetean su ilusión. Con todo, su riqueza de sentimientos es tal, que supera las agrias actitudes... Nobleza innata

que le lleva a perdonar sin rencores. Su alma parece ignorar la maldad, el odio... Mas, retribuye con creces, con grandeza de alma, no permitiendo que el jefe se aleje de su lado en el momento cumbre de la llegada del heraldo real; porque, aunque no se crea, el rey le anunciaba su llegada:

—“No; déjelo usted, señor médico, que es mi amigo. El fue quien me trajo la carta del rey...” (27).

¡La carta del rey...! Una carta en blanco, irrisoria; ¡la pálida burla del jefe a su inocencia! Y sin embargo, su nobleza se abre camino hasta arrancar de su alma una sonrisa sincera, sencilla, filial. ¡Así recompensa un niño la malicia sarcástica de los hombres!

Por último, Amal logra su *independencia total*, en la forma más diferente a como lo hubiéramos concebido, pero quizás, en la única capaz de comunicarle la libertad verdadera y absoluta: *¡en la muerte!*

Ni el amor, ni los placeres, ni el dinero, ni la cultura, ni la independencia, ni la misma ilusión, logran saciar ese *algo* indescifrable que nuestro *sabio niño interior* nos susurra al oído del alma. Hay algo más en nuestro ser, a la vez humano y divino. Algo que no es humano y es a la vez, lo más humano. *Algo* asequible solo después de vivir de una esperanza. Después de soñar con la cabeza apoyada en el borde de una ilusión, de un amor... Es *algo* casi impronunciable, a tiempo de ser el *todo* de nuestras vidas es... ¡Dios!

Dios, que quizá no llegó a convertirse en palabra cálida en boca de Amal, ni en realidad de fe en la mente y el corazón de Rabindranath, pero que es la única realidad verdaderamente cierta en nuestro vivir irreal. La única ilusión con contenido de realidad imperecedera en esta vida demasiado caduca, de hombres con anhelos de verdad y libertad eternas, de hombres con el alma “...*ebria de luz y enferma de infinito*” (28).

En resumen: Amal es el niño, ¡es el hombre eterno! Ese niño, grande en ilusiones y ansiedades, que todo pequeño hombre lleva dentro de su miseria pragmática y dogmatizante; que constituye la razón de nuestra tendencia insatisfecha a un más allá, a pesar del contacto casi brutal y decepcionante con el mundo, con la vida.

La ilusión de Amal es el reflejo de la constante ilusión que germina en nosotros como necesidad intrínseca, alimentada por el roce con seres que, no por ser humanos, necesariamente han de ser malos. Por aquellos hombres que, como Tagore, después de apreciar la naturaleza y arrancarle sus misterios, después de saborear la vida en su esencia luminosa, brindan a los demás hombres semillas de ilusión que florecen en vidas enrutadas hacia ese *algo* que palpita desde siempre en nuestro corazón y que hizo exclamar a San Agustín: “*Hiciste nuestro corazón para tí, Señor, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Tí...!*”.

Es el contacto con la bondad, con el cariño; la comprensión y el vibrar con las desgracias de nuestros hermanos los hombres, lo que talla en el rostro de nuestras existencias la *esperanza* en un futuro esplendente, subli-

me, ¡incapaz de traducirse en términos materiales, terrenos...! Aquella sencilla palabra que integró el sentido total de la vida de Amal, el *rey*, tiene en nuestro lenguaje su traducción perfecta: ¡*Dios*!

Amal fue feliz esperando su ilusión. ¿Y nosotros...?

Imposible esa felicidad absoluta, inconcebible la plenitud de una ilusión, sin libertad, sin liberación para dar o recibir un mensaje. Por esto, Amal forcejea por rasgar las páginas que empapan su historia entre las acartonadas caras de un libro, ¡por Premio Nobel que sea...! Tiene un mensaje que quiere comunicar...

Quiere levantar su voz más allá de los puntos y comas, de las letras y páginas que lo limitan, para gritar a los hombres que “¡la vida merece vivirse...!” El secreto: ¡un gran ideal! ¡Una Ilusión...! ¡Una esperanza...!

BIBLIOGRAFIA

- (1) Las citas estarán tomadas de: *Rabindranaz Tagore*. Premio Nobel 1913. Obra Escogida. Traducción de Zenobia Camprubí de Jiménez. Colección Aguilar, 1963. Madrid.
- (2) O. c. Pág. 408.
- (3) O. c. Pág. 409.
- (4) O. c. Pág. 406.
- (5) O. c. Pág. 410.
- (6) O. c. Pág. 410.
- (7) O. c. Pág. 416.
- (8) O. c. Pág. 411.
- (9) O. c. Pág. 412.
- (10) O. c. Pág. 413.
- (11) O. c. Pág. 412.
- (12) O. c. Pág. 413.
- (13) O. c. Pág. 415.
- (14) O. c. Pág. 416.
- (15) O. c. Pág. 419.
- (16) O. c. Pág. 421.
- (17) O. c. Pág. 422.
- (18) O. c. Pág. 426.
- (19) O. c. Pág. 432.
- (20) O. c. Pág. 433.
- (21) O. c. Pág. 433.
- (22) O. c. Pág. 434.
- (23) O. c. Pág. 435.
- (24) O. c. Pág. 436.
- (25) O. c. Pág. 436.
- (26) O. c. Pág. 437.
- (27) O. c. Pág. 457.
- (28) *Lo tardío*. (M. Angel Silva).